



Catálogo kafkiano de atributos masculinos y otras cosas sobre la experiencia de género del escritor

*Por Daniel Cazés

Franz Kafka escribió a la edad de 36 años una carta a su padre en la que hizo una de las más claras enumeraciones de atributos de la masculinidad vivos aún hoy día como elementos de identidad y normas de acción cotidiana para los hombres. Por supuesto que Kafka no se detuvo en todos los atributos masculinos, pero los que él consideró patrimonio de su padre los examinó con un rigor casi académico.

Si bien Franz Kafka hizo un retrato del "hombre de verdad" que veía en su padre Herman, lo que en realidad describió fue el "hombre de verdad" que él afirmaba que intentaba ser, el que confesaba que no podía ser porque lo detestaba y, por lo menos parcialmente, el que en realidad fue.

El miedo a su padre fue la motivación inmediata para que Franz escribiera, acosado por el temor, sobre un tema que, según él, lo rebasaba aún cuando para su padre fuera tan simple.

Estos son las cuatro docenas de atributos masculinos que enumera:

La capacidad de trabajar duro toda la vida sin esperar gratitud, para que los hijos puedan vivir en la abundancia.

El derecho a recriminar y hacer reproches a los hijos cuando éstos demuestran frialdad, toman distancia o no agradecen la educación paterna.

La voluntad vital, comercial y conquistadora.

La fuerza y la valentía.

La salud.

El apetito.

La superioridad mundana.

La laboriosidad y la perseverancia.

La presencia de ánimo.

El conocimiento de la gente.

Cierta magnanimidad.

El temperamento inclinado a la iracundia y la violencia.

Poca alegría.

Poca espontaneidad.

Demasiadas seriedad y severidad.

Ser un peligro para quien se sienta inseguro de sí mismo.

Ser vencedor.

Mostrar fortaleza y valentía con fuerza, alboroto, ira, vivacidad, salvajismo, espontaneidad y despreocupación, aún siendo capaz de bondad y dulzura.

Ser proveedor y vivir atado a las tareas de este rol.

Ser padre ausente que sólo aparece para dejar en el hijo una impresión profunda y un estremecimiento que no mitiga ni siquiera la costumbre.

Imponer castigos sin relación lógica con los actos punibles.

Evocar la visión torturante del padre gigantesco que hace la primera enseñanza de la relación entre hombres, es última instancia de masculinidad y, al enseñar, anula al aprendiz.

Exhibir la seguridad del cuerpo propio para provocar inseguridad en el prójimo.

Obstruir el camino del educando, y alentarlos sólo si ejecuta ciertos actos típicamente masculinos (en el ejemplo de Kafka, saludar y marchar como militar, consumir alcohol y repetir palabras y canciones obscenas).

Poseer ilimitada confianza en sí mismo.
Gobernar desde un sillón al mundo.
Considerar siempre que su opinión es la correcta frente a las opiniones de los demás, las que siempre ha de calificar de alocadas, excéntricas, anormales. Y al carecer de opinión, condenar todas las posibles por falsas.
Ser inconsecuente y seguir teniendo la razón.
Exaltarse ante aquéllo con lo que no se está de acuerdo y con lo que no provenga de una exposición propia, de manera que los interlocutores se vean obligados a ahogar toda réplica posible.
Ejercer el derecho de los tiranos basado en su persona, no en la razón, y cuyo veredicto siempre es adverso a sus súbditos.
Erigirse en medida y modelo de todas las cosas, y ser capaz de calificar a los demás, degradándolos, aún sin conocerlos.
Inflingir en los otros vergüenza y dolor.
Descargar golpes verbales sin compasión, como dictámenes divinos emitidos sin noción del poder propio ni de la indefensión del prójimo.
Mostrar y ejercer poderío y dominio en la mesa familiar, en la que ha de consumirse todo lo que se sirva, cuya calidad nadie salvo quien la preside puede emitir juicio positivo o negativo.
Imponer silencio sombrío interrumpido para dictar exhortaciones y mandamientos incumplibles sólo por quien los decreta.
Gobernar, dar órdenes y disgustarse si éstas no se cumplen.
Dictar leyes destinadas únicamente a sus subordinados, pero que éstos nunca puedan cumplir adecuadamente.
Permitir réplicas sólo cuando el interlocutor sienta temor por hacerlo y tema contravenir alguna regla suprema.
Monopolizar la palabra y recurrir, con aire inocente, a la injuria, la amenaza, la ironía y la mordacidad directas e indirectas, inescrupulosas, violentas, impunes y condenatorias de quienes utilizan estos mismos instrumentos de expresión.
Amenazar al subordinado con el fracaso.
Jamás estimular ni fortalecer las capacidades de los dependientes para construirse a través de las penurias que han construido al dominador; por lo tanto, impedir que nadie se atreva a descollar, y, si alguien lo hace, reprocharle su ingratitud, su extravagancia, su desobediencia, su traición y su locura, y estimular en quien lo haga su vergüenza, su debilidad y sus sentimientos de humillación y culpa.
Saber castigar antes de que el castigado haya delinquido.
Encandilarse por quienes tienen mayor jerarquía y humillar a los que la tienen inferior.
Mostrar aversión por todo lo desconocido y lo innovador.
Otogar, magnánimo y tolerante, la libertad del prójimo (que éste obtendría de cualquier manera) cuando la regla social así lo establece.
Demandar públicamente el cumplimiento suficiente de convencionalismos y formalidades morales y religiosos, aunque no crea en ellos, porque le conviene expandir su observancia.
Actuar bonachonamente con los inferiores cuando se puede tomar distancia de las preocupaciones cotidianas del patriarca, como los autócratas que fuera de las fronteras de sus dominios carecen de la necesidad de ser tiránicos.
El hombre enfrentado a su padre

Además de hacer esta enumeración, en los mismos párrafos llenos de dolor y resentimiento Franz Kafka aseguró que nunca habría podido hacerse hombre de acuerdo con los deseos de su padre, y que por eso fue portador de los atributos poco viriles, más bien muy femeninos, que en su familia se atribuían a la estirpe de su madre (se describió a sí mismo como un hombre endeble, miedoso, vacilante, inquieto, tímido, que actuaba en secreto, que a menudo no actuaba, y que vivía necesitado de aliento y amabilidad).

Por otra parte, Franz recriminó a Herman que lo desanimara cuando deseó casarse. También le resultó insoportable que su padre enturbiara la pureza que le adjudicaba, cuando dos veces le recomendó ir con prostitutas si tan necesitado estaba de mujer.

Kafka hijo comunicó a Kafka padre que convertirse él mismo en un hombre casado sería su más elevado logro: eso los haría iguales. Pero, como hombre en conflicto, enfrentado al otro hombre que era su progenitor, Franz afirmó que para su vida sólo podía considerar ámbitos no cubiertos por su padre o que estuvieran fuera del alcance de éste: el matrimonio exigiría conjugar en él mismo todos los factores que había detectado en su padre y de los que, en su concepto, él carecía. Con tal argumentación, Franz renunció por escrito a asumir la masculinidad que su padre le mostró.

El niño de su mamá

Proximo a concluir la cuarta década de su vida, Kafka se recordó a sí mismo como un niño en desarrollo incapaz de enfrentar a un padre colosal. Y a la persistencia de esa sensación pueril atribuyó el fracaso de sus esfuerzos por convertirse en el "hombre de verdad" que debió ser según sus propias fantasías.

Quizá para hacer una síntesis de éstas, puso especial énfasis en la concierne al matrimonio: para él, "el mundo" no estaría en la soledad, sino en el matrimonio, y todo hombre debería enfrentar al mundo desde el matrimonio para entregar su propia parte de sufrimiento. Así, en su carta expuso sus congojas por ser incapaz de realizar lo que él definió como "entrar al mundo".

Esta exposición de Kafka podría parecer delineamiento de una transgresión de la masculinidad impuesta, cuestionamiento de principios ancestrales de una forma específica de patriarcado, o inicio de la formulación de una alternativa en las relaciones de un hombre con otros hombres y con las mujeres. Pero la misiva dirigida por Franz Kafka a su padre agrega, en aquellas cosas de las que no incluye una sola palabra, otros elementos claves para comprender otras normas profundas de la masculinidad asignada y asumida.

El larguísimo escrito dirigido a su padre jamás llegó a manos de éste. Franz Kafka tuvo buen cuidado de ponerlo en manos de su madre, fiel protectora de la tranquilidad y las satisfacciones de Herman. Veladamente, Franz reprochó en su escrito a su madre su rol de intermediaria entre Herman y sus hijos, y de cómplice incondicional de su marido. Sin duda sabía que la madre nunca permitiría que el padre tuviera los sobresaltos y disgustos que una carta así le ocasionaría, y también que leería aquel texto antes de hacer cualquier otra cosa con él.

De hecho, puso a su padre como destinatario de una carta que, él lo sabía, sólo leería su madre. Porque los hombres, a menos que se pierdan en el alcohol, no suelen hablar de sus sentimientos ni de los sufrimientos masculinos con otros hombres, menos aún con el propio padre, sino con las mujeres, de preferencia con aquéllas que pueden actuar maternalmente, sobre todo con la propia madre.

La madre de Franz Kafka fue quizá el bien máspreciado del escritor y la persona de quien más cerca hubiera querido estar en un deseo frustrado por la fortaleza del único que podía realizarlo, el dueño de ella, el padre del hijo adolorido.

Kafka, funcionario cumplido y cónyuge sin compromisos

Por otra parte, Franz nunca hizo mención en aquella carta a sus propias experiencias como hombre adulto, y ni remotamente evocó su propia vida conyugal.

Los directivos de la compañía de seguros en que trabajó, sus colegas y sus subordinados lo consideraron siempre un funcionario de excelente preparación universitaria, dedicado, eficaz y ambicioso, digno brazo derecho de su jefe. Tan es así, que desde que se declaró su tuberculosis recibió largos permisos laborales con goce de sueldo, y a los 39 años pudo jubilarse y pensionarse.

En el ámbito de las obligaciones y responsabilidades financieras y de trabajo, Franz Kafka cumplía bastante bien con las exigencias que se plantean a cualquier "hombre de verdad".

En referencia a su propia vida privada, Kafka había definido alguna vez al sexo como algo pecaminoso y generador de culpas, como un castigo con el que se paga la felicidad de estar cerca de la persona amada. En el momento de redactar la epístola aquí analizada, había roto una relación que se prolongó durante cinco años con una mujer, Felice Bauer, con quien dos veces se había comprometido a contraer matrimonio. Para entonces, ya hacía un año que vivía con Julie Wohryzek. A estas dos conyugalidades, que caracteriza como noviazgos, se refirió en su carta para confrontar las argumentaciones de su padre, y para expresar sus deseos de matrimonio y el sentimiento de sus incapacidades. Pero a los veinte años se había ligado a una amiga de Felice, Grete Bloch, quien tuvo un hijo suyo. El niño murió, víctima de la miseria y casi de inanición a los siete años en Munich, lejos de Franz, quien nunca se enteró de la existencia ni de la muerte del niño.

De Julie se separó poco después, para en seguida hacerse amante de su editora y traductora Milena Jesenská-Pollak. Y más adelante se separó también de ella. Milena (quien se hizo drogadicta aparentemente y al menos en parte debido a las frustraciones de su relación con él, y por ser esposa de un judío terminó sus días en un campo de exterminio sólo unos días antes de la derrota nazi). Franz, casi inmediatamente después de alejarse de Milena, se unió con Dora Dymant, bajo cuyos cuidados murió al poco tiempo, a la edad de 41 años.

Así pues, en el ámbito íntimo y conyugal Kafka también fue un "hombre de verdad", un hombre de muchas mujeres. En cada una de ellas buscó cumplir sus propias normas de masculinidad, diferentes, similares o

idénticas a las que enumeró al rechazar por escrito una herencia paterna que, incluso sin saberlo ni desearlo, ya había asumido. Porque en buena medida era irrenunciable mediante el parcial reconocimiento apasionado.

Franz Kafka habría necesitado vivir más tiempo para continuar su exploración crítica de la masculinidad aprendida, y para tal vez imaginar algunas sendas alternativas en su propia vida.

Alba de Coyoacán, julio de 1997

****coordinateur du Laboratoire sur
l'Exploration des Masculinités (México)***

***Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en
Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.***

[danielcm@servidor.unam.mx]